



CLÁSICOS
CASTALIA



NOVELAS
EJEMPLARES
II

COLECCIÓN DIRIGIDA POR
PABLO JAURALDE POU

MIGUEL DE CERVANTES


NOVELAS
EJEMPLARES
II

EDICIÓN, INTRODUCCIÓN Y NOTAS DE
JUAN BAUTISTA AVALLE-ARCE





CASTALIA
EDICIONES

es un sello propiedad de  edhasa

Diputación, 262, 2º1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
E-mail: info@castalia.es

Consulte nuestra página web:
<https://www.castalia.es>
<https://www.edhasa.es>

Edición original en Castalia: 1982
Primera edición: septiembre de 2019

Ilustración de la cubierta: *Sir Tomas Moro y su hija*, John Rogers
Herbert, 1844. Óleo sobre lienzo, Tate Gallery, Londres.
Senado.

© de la edición: herederos de Juan Bautista Avalle-Arce
© de la presente edición: Edhasa (Castalia), 2019

ISBN 978-84-9740-845-5
Depósito Legal B. 17355-2019

Impreso en Encuadernaciones Huertas
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

S U M A R I O

INTRODUCCIÓN	7
BIBLIOGRAFÍA SELECTA	41
NOVELAS EJEMPLARES II	
La española inglesa.	45
El licenciado Vidriera	101
La fuerza de la sangre	145
El celeso extremeño	173
El zeloso extremeño, Ms. Porras, según la edición Bosarte	223
El editor	265

INTRODUCCIÓN

I

La española inglesa, cuarta novela en la colección de 1613, retoma algunos de los temas de *El amante liberal*, la segunda de dichas novelas. Pero las variantes y enriquecimientos que afectan a dichos temas en su nuevo tratamiento novelístico son espectacular y literalmente ejemplares. Por lo pronto, en *El amante liberal* el tema del amor es central, pero por gran parte de la novela el de Ricardo es rechazado por Leonisa, si bien todo culmina con el matrimonio cristiano de ambos. El mar y las aventuras marítimas tienen lugar prominente en la acción y las luchas de religión, encarnadas por sicilianos y turcos, narran saqueos y capturas, todo esto en el Mediterráneo oriental, en un triángulo aproximado, cuyos ángulos serían Sicilia, Chipre y el norte de África.

La española inglesa se abre con un saqueo, el de Cádiz, por los ingleses en 1596, hecho tan histórico como la captura de Nicosia por los turcos, comienzo de *El amante liberal*.¹ El saqueo trae como fruto para el inglés Clotaldo la captura de la niña española Isabel (Isabela). Muy poco después entra en juego el tema del amor entre Ricaredo, hijo de Clotaldo, e Isabela. Las peripecias no-

¹ V. T. Hanrahan, "History in *La española inglesa*", *Modern Language Notes*, LXXXIII (1968), 267-71.

velísticas introducen el tema marítimo, combates navales y las guerras de religión, esta vez encarnadas en españoles (católicos) e ingleses (protestantes). Y luego de un número determinado de pruebas a que se ve sometido el amor de Ricaredo e Isabela, todo se corona con el matrimonio cristiano. La acción también tiene lugar en un triángulo aproximado, pero en el otro extremo de Europa. Los ángulos de dicho triángulo serán ahora Cádiz, Londres y Sevilla.

Pero no hay que ser muy lince para ver que cada punto de parecido entre ambos argumentos está empotrado en un mundo de diferencias. Porque la verdad sustancial es que Cervantes nunca volvió al mismo tema con intenciones de repetirlo y repetirse, sino, muy al contrario, con las intenciones de irisararlo en un juego de cambiantes perspectivas. *Eadem sed aliter* bien podría ser el lema del arte narrativo cervantino en algunas de sus más destacadas zonas.

Aquí, en *La española inglesa*, la forma más específica en que Cervantes empieza a apartarse de la superficialidad de aventuras marítimas, combates navales, capturas, etcétera, es por su habilísima intensificación del tema espiritual. Dicha intensificación es tan fuerte que se puede decir, sin temor a exageración, que *La española inglesa* constituye la novela con el ambiente de más tupidia espiritualidad de las doce que forman la colección. Y, en consecuencia, nos presenta la prueba más palpable de la absorbente preocupación de Cervantes por la religión católica al entrar en los postreros años de su vida.² La espiritualización del argumento apunta ya, con claridad meridiana, al *Persiles y Sigismunda*, el libro póstumo de Cervantes pero que en opinión de su autor “ha de ser el más malo o el mejor que en nuestra lengua se haya com-

² Ruth S. El Saffar, *Novel to Romance. A Study of Cervantes's 'Novelas ejemplares'* (Baltimore, 1974), 158, observa atinadamente que “This is the religion which requires both self-purification and acceptance of life”. Por cierto que El Saffar escribe siempre *Recaredo*, por distracción, seguramente.

puesto, quiero decir de los de entretenimiento; y digo que me arrepiento de haber dicho *el más malo* porque, según la opinión de mis amigos, ha de llegar al extremo de bondad posible”, y esto en la dedicatoria del *Quijote* de 1615.

Los paralelos entre *La española inglesa* y el *Persiles* se dan a todo nivel. Por ejemplo, entre los temas mayores coinciden ambas novelas en aventuras marítimas, en el intenso y casto amor de los protagonistas, que se verá recompensado con el matrimonio cristiano, en la peregrinación a Roma, en la importancia insoslayable del tema de la religión en las dos. Algunas de las coincidencias entre los temas menores son la fealdad temporaria de ambas protagonistas inducida por un veneno, y como consecuencia, la vanidad de los hechizos. Y para redondear estos parecidos, conviene puntualizar que en *La española inglesa* la pareja de enamorados se da un plazo de dos años para casarse. Ricaredo, que había sido capturado por los piratas argelinos, llega a Sevilla el día en que se cumplía el plazo e Isabela estaba a punto de entrar en religión. Pero la imprevista llegada lo impide, y todo acaba con el feliz matrimonio de ambos. En el *Persiles*, libro I, capítulo X, se narra la trágica historia del portugués Manuel de Sosa Coitiño, quien se enamora de su vecina Leonora, pero al pedir su mano se le impone un plazo de dos años antes de obtenerla. Manuel va a África por ese período y cuando se cumple el día del plazo, ya de regreso en Lisboa, presencia, con el corazón destrozado, cómo Leonora entra en religión. La pena del enamorado portugués se resuelve con su muerte.³

Al llegar a este punto conviene recordar que en *La española inglesa*, con gesto insólito, Cervantes, en un acto final, apunta a la ejemplaridad allí contenida: “Esta novela nos podría enseñar cuánto puede la virtud y cuánto

³ El regreso del protagonista el día que se cumple un plazo determinado pertenece al folklore universal y María Rosa Lida dio varias versiones de este motivo en *El cuento popular hispanoamericano y la literatura* (Buenos Aires, 1941), 11; ver también lo que digo en nota 92 de *La española inglesa*.

la hermosura” (v. *infra*, nota 127). La verdad del caso es perfectamente aplicable asimismo al *Persiles*, con lo que se terminan de estrechar los lazos que unen ambas novelas.⁴ Creo que todo lo antecedente justifica ciertas afirmaciones que estampé hace años, en el prólogo a mi edición del *Persiles*, en esta misma colección: “Debido a estas características se puede decir que *La española inglesa* es una miniatura del *Persiles*, o bien, si miramos las cosas con ‘la perspectiva de la otra orilla’, como quería Valle-Inclán, el *Persiles* es una superfetación de *La española inglesa*” (p. 19).

Este nutrido sistema de aproximaciones al *Persiles*, argumentales e ideológicas, ha hecho suponer a la crítica más idónea que las fechas de redacción de ambas novelas serían relativamente próximas. Rafael Lapesa sopesó y aceptó el período 1609-1611, y yo, a mi vez, también acepté la fecha aproximada de 1611, ya que veía, y veo, a *La española inglesa* como uno de los últimos jalones hacia la redacción casi definitiva del *Persiles*, y digo *casi definitiva* porque la muerte arrancó a Cervantes de su novela tan querida. Pero hay atolondramientos cronológicos dentro del texto de *La española inglesa* (que se apuntan en notas a la novela), que siembran confusión en la determinación precisa de una fecha de redacción. Y, en consecuencia, la crítica se ha despachado con gusto y arbitrariedad, estableciendo posibles fechas de composición desde 1596 hasta 1611, y posteriores.⁵

⁴ El punto de partida de estos careos debe ser el hermoso estudio de Rafael Lapesa, “En torno a *La española inglesa* y el *Persiles*”, *Homenaje a Cervantes*, ed. F. Sánchez-Castañer, II (Valencia, 1950), 367-388.

⁵ Buen resumen de los distintos tanteos cronológicos que han practicado diversos críticos se puede ver en la obra citada (nota 2) de Ruth S. El Saffar, pp. 150-151. Ella misma le da la más tardía fecha de composición, sin decidirse por el año, y le asigna el último lugar en la tarea de redacción. Con menos tino discurre sobre los problemas cronológicos Julio Rodríguez-Luis, *Novedad y ejemplo de las ‘Novelas’ de Cervantes*, I (Madrid, 1980), 30-33.

Luis Astrana Marín, que no hilaba muy fino, dictaminó: “*La española inglesa* se escribió aprisa desde abril a junio de 1612”.⁶ No hay nada en el texto de la novela que sustente una precisión tal, pero sí que es una novela de redacción tardía, e insisto en la fecha aproximada de 1611. Sí quedan en el cuerpo de *La española inglesa* algunas muestras de una redacción apresurada, o de poco castigo en la corrección. El botón de muestra de todo esto suele ser la habilidad lingüística que aduce Cervantes para algunos de sus personajes. Y de inmediato sale a relucir el caso de la reina Isabel I de Inglaterra. La primera vez que Isabela visita la corte inglesa se dirige a la reina Isabel en inglés, a lo cual ésta responde: “Habladme en español, doncella, que yo le entiendo bien, y gustaré de ello” (v. nota 8, al texto). Más tarde, cuando los padres de Isabela, españoles de Cádiz, aparecen en la corte inglesa y ocurre la anagnórisis folklórica (v. nota 81), la reina se dirige a la madre de Isabela: “Respondióle la reina que tenía razón, sirviéndole de intérprete, para que lo entendiese, Isabela”. Que la reina Isabel tenía bien sentada fama de políglota es una cuestión.⁷ Otra, y muy distinta, es que Cervantes le adjudique el conocimiento del español en un momento, y se lo niegue en otro.

Este descuido, y algún otro, si lo fueron, no acaba de embozar el hecho de que *La española inglesa* tiene una muy pensada y acabada estructura. A ello: el cuerpo de la novela nos narra la cantidad de obstáculos que los amantes tienen que superar para obtener el galardón

⁶ *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra*, VII (Madrid, 1958), 46.

⁷ Los historiadores ingleses adjudican a la reina Isabel pleno dominio de latín, griego, italiano y francés, v. Lawrence Stone, *The Family, Sex and Marriage in England, 1500-1800* (Nueva York, 1977), 203. Don Diego Guzmán de Silva fue embajador ante la corte inglesa de 1564 a 1570, y certifica su impecable uso del latín y del italiano en carta a Felipe II, v. *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, LXXXIX (Madrid, 1887), 14.

del matrimonio cristiano.⁸ Pero esas pruebas están dispuestas con una sutileza que hay que considerar despacio, para percibir algo de la profundidad intelectual y creativa que amparó la composición de esta novela. Porque la disposición de estas “pruebas de amor” dista mucho de cualquier azar idiosincrático. Esquematizo dichas pruebas para facilitar la intelección de la estructura novelística.⁹ Con tales fines, considero que la bestial fealdad de Isabela es la culminación de la primera parte del argumento, que se divide así en dos secciones.

Sección I

1. Oposición de los padres de Ricaredo y planes de ellos para casarlo con Clisterna.
2. Separación de los amantes durante la navegación de Ricaredo en misión oficial.
3. Aparición del conde Arnesto como pretendiente de Isabela.
4. Enfermedad de Isabela y pérdida total de su belleza.

Sección II

1. Se renueva la oposición de los padres de Ricaredo y llegada de Clisterna.
2. Separación cuando Ricaredo marcha a Roma e Isabela a España.
3. Numerosos enamorados de Isabela.
4. Notificación de la muerte de Ricaredo.

⁸ Uso el término *matrimonio cristiano* en el profundo sentido en que lo estudió Marcel Bataillon, “Cervantes y el ‘matrimonio cristiano’”, *Varia lección de clásicos españoles* (Madrid, 1964), 238-255; v. ahora también T. A. Pabón, “The symbolic Significance of Marriage in *La española inglesa*”, *Hispanófila*, 63 (1978), 59-66, y el trabajo de Alban K. Forcione citado en *NE*, I, 23, nota 13.

⁹ En la breve exposición que sigue me atengo a una brillante nota de Jennifer Lowe, “The Structure of Cervantes’ *La española inglesa*”, *Romance Notes*, IX (1968), 287-290.

Es de observar que en cada sección el primer obstáculo es afrontado por Ricaredo. Se refiere de inmediato, segundo obstáculo, a algo que afecta a los amantes al parigual, mientras que el tercero se refiere específica y directamente a Isabela. El último obstáculo de cada sección es el de mayor gravedad, y representa la *prueba* del más profundo ahínco de sinceridad y constancia por parte de Ricaredo, en primer lugar, y después de Isabela.

Todo esto ejemplifica una simetría de concepción y estructura en la que cada amante queda sometido a equivalente número de pruebas, y que, al sobrepasarlas, demuestran que se merecen el uno al otro en la más íntima medida. Y si se repasa el esquema anterior, con el argumento de la novela bien fresco en la memoria, se verá que los incidentes de la sección II son una intensificación de los correspondientes a la sección I. Y baste referirnos al apartado 3 de cada sección: a la singularidad del conde Arnesto como pretendiente de Isabela (sección I) corresponde la innumerabilidad de sus pretendientes en la sección II.

Algo más hay que agregar a todo esto. En el curso de la novela, si bien prima el ambiente espiritual, no es éste el único.¹⁰ Para mantener el esquema anterior, *grosso modo*, se puede decir que en la sección segunda menudean las referencias al comercio, a la vida bancaria, a la economía en general.¹¹ Se puede comenzar por el hecho de

¹⁰ Considero muy exagerada la afirmación de Joaquín Casaldue-ro, *Sentido y forma de las 'Novelas ejemplares'* (Madrid, 1962), 192, de que nos hallamos aquí ante "los tres grados de la escala mística: *purgatio, illuminatio, unio*".

¹¹ Esto se ha explicado de diversas maneras. Agustín G. de Amezúa, *Cervantes, creador de la novela corta española*, II (Madrid, 1958), 136, lo ve como "reminiscencias de su tiempo de comisario", nueva muestra del desmedido afán de atar toda la obra de Cervantes a diversos episodios de su vida, para allí buscarles sentido. Harry Sieber, en su edición de las *Novelas ejemplares*, I (Madrid, 1980), 30, se declara perplejo: "¿Por qué tanta documentación? ¿Tantas cédulas, letras de crédito, cartas de aviso? En fin, ¿por qué todo este papel mercantil?" Julio Rodríguez-Luis, *op. cit.* (*supra*, nota 5), p. 46, se limita a observar que

que el padre de Isabela fue, hasta el momento del saqueo de Cádiz, un rico mercader (v. texto, nota 53). Esta nota, que se da en la sección primera (*ut supra*), sirve para introducir la cáfila de detalles bancarios que aparecen en la segunda sección. Por ejemplo, la partida de Isabela de la corte inglesa está acompañada de minuciosos detalles mercantiles (v. nota 93), que se repiten a su llegada a Sevilla (v. nota 99). La recuperación de la belleza por parte de Isabela se da al mismo paso que el crédito mercantil de su padre: “Volvió su padre a ejercitar su oficio de mercader, no sin admiración de los que sabían sus grandes pérdidas. En fin, en pocos meses fue restaurado su perdido crédito y la belleza de Isabela volvió a su ser primero”. Y para no abundar en más detalles, que el curioso puede suplir con la relectura de la novela, piénsese en los detalles bancarios que proliferan en el viaje de Ricaredo a Roma, empezando por el cambio (v. nota 117) romano que le libró 1.600 ducados sobre Roqui, mercader florentino residente en Sevilla. Y es este propio mercader el que remata el problema de la identificación de Ricaredo, cuando éste llega a Sevilla “en hábito de los que vienen rescatados de cautivos”.

Es obvio que Cervantes nunca pretendió escribir una novela mística, a lo que ni el propio *Persiles* apunta. Así pues, cuando sus crecientes preocupaciones religiosas le llevan a idear las diversas pugnas espirituales de *La española inglesa*, procede con cuidadoso tino a dotar a la acción de un denso ambiente de espiritualidad. Pero en la segunda mitad de la novela, antes de que se dé la solución final, perfecta y armónica del matrimonio cristiano, Cervantes procede a compensar, a equilibrar ese denso ambiente con una multiplicidad de detalles y referencias a la vida económica, y muy en particular a la vida bancaria. Eso se debe al hecho fundamental de que para Cervantes el matrimonio cristiano es el triunfo de la ortodoxia humana, como nos explicó Marcel Bataillon

el episodio de la partida de Isabela de Inglaterra “constituye un detallado episodio de carácter esencialmente económico”.

(v. *supra*, nota 8). Y la ortodoxia humana está anclada en el *hic et nunc*, lo que queda claramente insinuado en el atropello de detalles materialistas y bancarios que circundan el matrimonio cristiano de Ricaredo e Isabela.

Un último detalle a destacar en esta breve introducción son los destellos autobiográficos de esta novela. Cuando Ricaredo narra sus aventuras ante el selecto público sevillano, hace hincapié en su captura en el golfo de León por piratas argelinos, su cautiverio y su redención por los trinitarios. De lejos, todo esto responde a episodios de la vida de Cervantes, pero muchos críticos han tropezado y caído en el error de confundir ficción y vida.¹² En mi trabajo sobre “La captura de Cervantes” (v. texto, nota 121) reaccioné contra este tipo de excesos y no insistiré en ello. Que el novelista revista su ficción con jirones de sus vivencias no puede extrañar a nadie, pero lo interesante es observar cómo procede Cervantes al actuar de dicha manera. Ricaredo se ha alejado de Inglaterra para sobreponerse a la tentación de la boda dispuesta por sus padres con la hermosa escocesa Clisterna, viaja a Roma, sufre gravísimo atentado, emprende navegación hacia España y es capturado por los piratas argelinos. Y aquí entran los jirones autobiográficos, que adquieren mayor validez vívida en cuanto están presentados en función del relato en primera persona de Ricaredo. Lo mismo ocurre con el relato del capitán cautivo, Ruy Pérez de Viedma, en el *Quijote* de 1605. En primera persona Ruy Pérez de Viedma nos relata sus actividades bélicas en Italia, en el Mediterráneo y en Lepanto, su captura, sus años de cautiverio en Argel, donde llega al extremo “historicista” de conocer a “un tal de Saavedra”. Al repartir jirones vivenciales por su relato, Cervantes no concibe que el éxito de la ficción consista en su fun-

¹² Francisco Sánchez-Castañer, “Un problema de estética novelística como comentario a *La española inglesa* de Cervantes”, *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, VII, 1 (Madrid, 1957), 357-386, después de pasar revista a la crítica sobre *La española inglesa*, usa esos destellos autobiográficos como el punto de partida de su propia interpretación.

damento autobiográfico, sino que su aceptación integral consiste en presentar éste en función de otra autobiografía, ésta ya paladinamente imaginada y ficticia. O sea que los trozos históricamente autobiográficos de la vida de Cervantes se disponen ahora en servidumbre de la estructura novelística, que en *La española inglesa* es una pequeña maravilla de sabiduría constructiva.

II

El licenciado Vidriera es la novela de un intelectual, como lo anuncia ya el título, pero de un intelectual que ha enloquecido como resultado de la ingestión de un filtro amoroso que lo lleva a las puertas de la muerte. En resumidas cuentas, es la novela de un loco intelectual. Y desde este punto de mira guarda estrecha analogía con la historia de otro loco intelectual a la que se había abocado Cervantes, la historia de don Quijote de la Mancha. Antes de su locura don Quijote era un intelectual, y sólo después de dicho accidente se dedica a la vida de acción, pero ahí queda como monumento a sus tareas intelectuales su espléndida biblioteca, que tan incruentamente desbaratarán cura y barbero, ama y sobrina. Bien es cierto que don Quijote es un intelectual autodidacta y el licenciado Vidriera es un intelectual profesional, graduado por Salamanca. Pero conviene observar las amplias proyecciones de ambas vidas para ver algo del contorno de las buscadas analogías.

Don Quijote es el intelectual que abandona ese tipo de vida para dedicarse de lleno a la actividad de la caballería andante. Pero en su nueva vida le quedan suficientes muestras de su antigua profesión como para que don Lorenzo de Miranda dictamine a su padre: "El es un enterverado loco lleno de lúcidos intervalos" (II, xviii). Pero el azar de las aventuras lleva a don Quijote a Barcelona y allí tiene el fatídico encuentro con el Caballero de la Blanca Luna. La sanción que aplica el victorioso Caballero de la Blanca Luna al despatarrado don Quijote es que éste debe abandonar el mundo de las caballerías,

volver a su aldea, a su casa, a su biblioteca (II, lxiv). Don Quijote queda condenado a reintegrarse a la vida pasiva del intelectual. Esto se resuelve en la salvación del excaballero andante, que resulta en la muerte del forzado intelectual Alonso Quijano el Bueno.

Al comienzo de la novela *El licenciado Vidriera* el protagonista es un muchacho que va a estudiar a Salamanca. Azares de la fortuna le llevan a ingresar en la vida de la soldadesca y visita Italia y Flandes, pero entonces decide reingresar en la vida intelectual y se gradúa de licenciado en leyes. El intelectual diplomado enloquece, y este largo período de su vida es el que estudia con mayor detenimiento la novela. Recobra el juicio de manera fortuita y las circunstancias le impiden seguir adelante con las tareas del intelectual. Decide entonces reintegrarse a la vida activa de la soldadesca y encuentra allí su muerte y su salvación: “Dejando fama en su muerte de prudente y valentísimo soldado”.

He esquematizado así ambas vidas para que resalten más claramente los puntos de analogía entre ambas. En las dos entran como elementos de excepción el intelecto y la locura, si bien los objetivos a que se asestan dichos elementos son diametralmente opuestos. Esto hace claro que Cervantes quiere analizar nuevos aspectos de la coyuntura de la locura intelectual en el mundo. Desde la época del *Encomium Moriae* de Erasmo, el intelectual europeo vive abocado a la problemática de la locura como ingrediente esencial de la realidad. No en balde Goya en sus *Caprichos* dictaminó que los sueños de la razón producen monstruos. La locura, como solidaria del intelecto, es lo que nos propone la vida de don Quijote y lo que ilustra cumplidamente la vida del licenciado Vidriera. No olvidemos que esta última novela se compone entre las dos partes del *Quijote*.¹³ Esta última ob-

¹³ He estudiado con más espacio la locura como ingrediente capital de la realidad en *Don Quijote como forma de vida* (Madrid, 1976), cap. iv, “La locura de vivir”. Se debe consultar también el artículo de Otis H. Green, “*El licenciado Vidriera*: Its Relation to the *Viaje del Parnaso* and the *Examen de ingenios* of

servación debe hacer relucir con nitidez la obsesionante atención con que Cervantes escudriña los misterios del trinomio intelectual-locura-vida.

El desempeño de la vida del protagonista de *El licenciado Vidriera* nos lleva por nortes muy distintos a los de don Quijote, como acabo de decir. Dicho protagonista se perfila en su novela desde la adolescencia hasta su muerte en los campos de batalla de Flandes, y si mucho queda en oquedad es porque Cervantes despreció la biografía como menester novelístico, como se dirá en más de una ocasión a lo largo de estas introducciones. Consecuencia de todo esto es que don Quijote se nos aparece en el mundo de su novela al entrar en el ocaso de su vida: “Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años” (I, i). Pero el futuro licenciado Vidriera se nos aparece como “un muchacho de hasta edad de once años”. A esto sigue de inmediato una voluntariosa anonimía, ya que el adolescente se niega a dar su nombre ni el de su patria, “hasta que yo pueda honrarlos a ellos y a ella”, respuesta imantada por conceptos caballerescos (v. nota 3). Lo que nos presenta un nuevo punto de analogía con el caballero andante don Quijote de la Mancha, quien sale a la luz del mundo envuelto en confundidora polionomasia (Quijada, Quesada, Quejana), que bien hace las veces de la anonimía.

La vida de este anónimo muchacho pronto se encarrila por la vía de una polionomasia tan significativa como la de don Quijote: Caballero de la Triste Figura, Caballero de los Leones, pastor Quijotiz, etc. En el caso de *El licenciado Vidriera*, el período preformativo, cuando el adolescente todavía no ha encontrado su destino, ése es

Huarte”, *Linguistic and Literary Studies in Honor of Helmut A. Hatzfeld*, ed. A. S. Crisafulli (Washington, 1964), 213-220. Julio Rodríguez-Luis, *Novedad y ejemplo de las 'Novelas' de Cervantes*, I (Madrid, 1980), 193, también hace hincapié en la intelectualidad del protagonista, pero se desentende de su locura como la otra cara de la medalla. Consultar ahora el abonado estudio de Alban K. Forcione, “*El licenciado Vidriera* as a Satirical Parable: The Mystery of Knowledge”, *Cervantes and the Humanist Vision: A Study of Four "Exemplary Novels"* (Princeton, 1982), 225-316.

el que se identifica con la anonimia.¹⁴ Pero rápidamente el muchacho halla su identidad en los estudios y comienza su período formativo, en el que, con toda propiedad, es estudiante en la Universidad de Salamanca. En este período embrionario el muchacho ya tiene nombre, como corresponde a su identificación con el destino: “Dijo el muchacho que se llamaba Tomás Rodaja”. Obsérvese que Rodaja es el diminutivo de *rueda*, y que cerca del final de su vida, cuando el protagonista ha recobrado la cordura, pronuncia las siguientes palabras ante el pueblo de Valladolid: “Señores, yo soy el licenciado Vidriera, pero no el que solía: soy ahora el licenciado Rueda”. O sea, que tenemos cuatro períodos claramente identificados con el nombre apropiado del protagonista. Cuando se asoma por primera vez a la vida sale el adolescente de la anonimia. Cuando halla su vocación y destino y comienza su adiestramiento de intelectual en la vida universitaria el protagonista se llama Tomás Rodaja. Este período formativo debe ampliarse para comprender los viajes del protagonista por Italia y Flandes, ya que, como apostilla el autor: “Las luengas peregrinaciones hacen a los hombres discretos”. El protagonista *rueda* por Europa adquiriendo más amplio saber.

La vuelta del protagonista a Salamanca coincide con el conocimiento que traba con esa “dama de todo rumbo y manejo”, que remata con el enloquecimiento del flamante licenciado. Aquí cambia todo el ritmo narrativo, y asimismo el nombre del protagonista, que ahora será conocido como *el licenciado Vidriera*. Vidriera, el licenciado loco, pierde todo en esta ocasión, menos su saber libresco, lo que dificulta o impide una actividad *agonista*. El licenciado Vidriera se marginaliza de la vida, y la

¹⁴ Algo de todo esto adelanté hace años, y en inglés, en el prólogo a mi libro *Cervantes: Three Exemplary Novels* (Nueva York, 1964). Para los mismos años mi amigo Francisco García Lorca adelantaba una explicación parecida en “El licenciado Vidriera y sus nombres”, *Revista Hispánica Moderna*, XXXI (1965), 156-158. Julio Rodríguez-Luis, *op. cit.* (nota 13, *supra*), 205-206, nos cita a los dos con aprobación.

observa, y con el bisturí de su cultura adquirida puede desenmascarar la realidad circunstante e identificarla por su propio nombre. Pero el saber libresco no le sirve, en absoluto, para plantearse los problemas de su propia sufriente humanidad, que antedata por mucho su reciente licenciatura. La desorientación en el rumbo vital impide la acción, en el plano novelesco y personal.¹⁵ Por agentes totalmente alejados a su voluntad el licenciado recupera la cordura, y esto le lleva, nuevamente, a participar en la vida, a dejar su pasivo oficio de observador, y el ritmo narrativo refleja este cambio en un marcado *crescendo*. Nueva etapa, nueva vida, nuevo ritmo, nuevo nombre: el protagonista es el que se llama ahora *el licenciado Rueda*, Tomás Rueda. El saber libresco, tan útil con anterioridad, no le sirve ahora para nada. El intelectual tiene que optar ante la disyuntiva de su vida, la Y pitagórica en su más desnudo esquema. Y el licenciado Rueda abandona la cómoda postura de la vida como espectáculo y se zambulle en la vida como acción. En este momento su vida ha adquirido sentido pleno: no es más la anonimía inicial, su identidad no radica ya en un diminutivo de embrión (Tomás Rodaja), ni mucho menos una *alias* que alude a la transposición de la realidad (licenciado Vidriera). Ahora puede asumir, y asume, la forma plena y positiva de su nombre: el licenciado Tomás Rueda. Pero éste es el período más breve de todos, o casi, ya que Rueda muere en medio de las acciones escogidas. Pero como el maestro don Rodrigo Manrique, según canta dolorido su hijo, *dejar fama* es la forma óptima de garantizar una plus-vida.

La polionomía característica del licenciado Vidriera se simboliza en las tres vueltas que da la *rueda* de su nombre: Tomás Rodaja-licenciado Vidriera-licenciado

¹⁵ Ver Frank P. Casa, "The Structural Unity of *El licenciado Vidriera*", *Bulletin of Hispanic Studies*, XLI (1964), 242-246, quien ve este período con lente análoga a la mía: "By releasing him from any social responsibility, Cervantes could present a man absolutely free to say what he wished".

Rueda. Estos nombres captan con precisión el proceso vital del protagonista, y ninguna vida, como bien sabían nuestros abuelos, es ajena a las vueltas de la tornadiza *rueda* de la Fortuna. Además, los tres nombres se corresponden a tres etapas vitales radicalmente distintas en la vida del protagonista: el período formativo, crítico y activo. La formación universitaria, la crítica, que es una vidriera abierta a la realidad sustancial, y la actividad de la soldadesca, éstas son las tres etapas vitales de su héroe que Cervantes ha querido rescatar del olvido.¹⁶

En el primer período novelado el protagonista se nos aparece como libre de todo tipo de coordenadas determinantes. Al igual que el hidalgo manchego que de libérrima voluntad elige ser don Quijote de la Mancha, el protagonista de esta novelita esconde celosamente los nombres de sus padres o de su patria. El segundo período novelado corresponde al crítico espectador. Como la crítica, *per definitionem*, debe estar asestada a algo o alguien, se explica así, en forma natural, la característica dialogística de esta parte de la novela. El Yo crítico asesta su mono-diálogo al Tú criticado. El último período novelado es el más breve por su propia naturaleza. El protagonista ha identificado, por fin, su *yo mismo* y su destino, y cuando esto ocurre todo hombre puede entrar en la eternidad sin preaviso. Y así ocurre aquí, la muerte del licenciado Rueda en los campos de Flandes *dejó fama*, con lo que se traspone la cantidad temporal.¹⁷

¹⁶ Acerca de la curiosa forma que adopta la locura del protagonista debe leerse la amplia información que recoge Alfred G. Engstrom, "The Man Who Thought Himself Made of Glass, and Certain Related Images", *Studies in Philology*, LXVII (1970), 390-405.

¹⁷ Otras aproximaciones al meollo filosófico de la novela ejemplar se pueden leer en A. Oliver, "La filosofía en *El licenciado Vidriera*", *Anales cervantinos*, IV (1954), 227-238; S. Serrano Poncela, "*El licenciado Vidriera*", *Insula*, núm. 179 (octubre 1961); E. C. Riley, "Cervantes and the Cynics (*El licenciado Vidriera* and *El coloquio de los perros*)", *Bulletin of Hispanic Studies*, LIII (1976), 189-200.

De estas tres etapas vitales singularizadas por el novelista, la que más interesa a Cervantes, como que caracteriza el relato, es la intermedia, aquélla en que el protagonista, licenciado y loco, dicta cátedra *de omni re scibili*. Vidriera se caracteriza por su punzante ingenio y su formidable erudición. En ocasiones sus ingeniosidades parecen derivar del dicharachero folklore popular, como cuando apunta a los cristianos nuevos: “Esperad, Domingo, a que pase el Sábado”. Claro está que todo esto está respaldado por el formidable ingenio de Cervantes, que bastaba para superar al de “todos los doce Pares de Francia y aun todos los nueve de la Fama” (*Quijote*, I, v). Inútil rastrear fuentes, en consecuencia. Pero muy distinto es el caso que nos plantean las repetidas muestras de erudición que brinda la conversación del licenciado Vidriera. Algunas son perfectamente plausibles, como las tres citas de Ovidio, en latín, acerca de los poetas, pero si pensamos que estas tres citas provienen de tres obras distintas de Ovidio, esto me hace sospechar la consulta de alguna enciclopedia temática de la época. Mis sospechas acrecen y arrecian al notar que entre estas citas de Ovidio, todas asestadas a un mismo blanco (*poetas*), Cervantes desliza una de Platón, que he podido identificar como del diálogo *Ion* (v. nota 82), asimismo apuntada al mismo blanco, *poetas*. Porque ocurre que el diálogo *Ion* no se conocía en español, y es muy significativo que Cervantes sume su autoridad a las citas de tres obras distintas de Ovidio, todo referido al mismo asunto. O bien recapacite el lector acerca de la diversidad y disparidad de fuentes que acumula Vidriera para apuntalar su ingeniosidad acerca de que la persona más dichosa del mundo es *Nemo*.¹⁸ Como apunto en la

¹⁸ El juego de palabras es folklórico y tradicional, v. Rudolph Schevill, “Cuatro palabras sobre *nadie*”, *Revista Crítica Hispano Americana*, I (1915), 30-37, como bien atestigua el equívoco que usó Ulises para escapar de manos de Polifemo, al llamarse *oútis*=*nemo*=*nadie*. Pero no es éste el fin que persigo en el texto.